

INFLUENCIAS EGIPCIAS

Por G. MANSO DE ZUÑIGA

Recientemente ha sido adquirida por el Museo de San Telmo de la Ciudad de San Sebastián una lauda sepulcral de piedra procedente del lugar de Dordóniz, pequeña localidad del Condado de Treviño. Esta piedra, tanto por su curioso motivo ornamental como por su desusado tamaño, tiene una extraordinaria importancia, especialmente para la gente vasca pues aunque Treviño es desde el punto de vista de la Administración tierra burgalesa, no puede ignorarse que histórica y racialmente es parte de la Provincia de Alava, dado que se halla totalmente rodeada por ella y de que aún a mediados del pasado siglo se hablaba corrientemente el vascuence en la mayoría de las aldeas de su montaña.

La antedicha lauda se hallaba colocada verticalmente en un prado y al decir de las gentes del país se puso allí como recuerdo de la muerte de un famoso bandido que asoló la región hace unos doscientos o trescientos años. Pero la tal atribución, como otras muchas por el estilo que frecuentemente se suelen escuchar en esos alejados lugares, carece totalmente de fundamento, pues la actitud de la figura humana que allí se halla representada no tiene relación alguna con la vida de un bandidero, ni el bajorrelieve de dicha figura es de esa época tan relativamente reciente, sino de unos dieciocho siglos antes. La explicación que haría compatible esa leyenda o historia del bandido, que se conserva en la región, con la indiscutible mayor antigüedad de esta piedra, puede ser la de que para conmemorar hace dos o tres siglos la muerte de un forajido decidieran colocar en el lugar donde ocurrió el suceso, la piedra a que hacemos referencia; piedra que procedería de algún cementerio ibérico del que hoy no se tienen referencias, al igual que en toda la alta Edad Media se utilizaron y hasta modificaron anteriores sarcófagos ibéricos y romanos para enterrar en ellos gentes de la época.

Esta lauda mide 0,70 mts. de anchura por 2,38 mts. de altura y un grosor de 0,17 mts. teniendo representada en una de sus caras la figura de un hombre de frente, desnudo, de cuerpo entero, con los brazos



1. Arriba. Lauta sepulcral vasco-ibérica procedente de Dordoniz.
(Museo de San Telmo)



2. Arriba. Ex-voto ibérico de bronce.
(Museo de S. Germain-en-Laye)



3. Arriba. Estatua egipcia de unos 2.000 años antes de Cristo con el "ka" sobre la cabeza.
(Museo de El Cairo)

a lo largo del cuerpo, los antebrazos levantados y las manos abiertas en clara actitud orante. La gran tosquedad e ingenuidad de la labra, los desperfectos que ha sufrido con los siglos, así como la espesa capa de líquenes que la recubren, hacen un tanto difícil el estudio y catalogación de esta curiosa pieza, aunque todo parece indicar que se trata de un trabajo ibérico anterior a nuestra Era, más bien que de principios de ella, dado que en esta piedra no se halla un solo motivo ornamental de la época romana, pues es cosa sabida que la zona del Condado de Treviño encontrábase ya un tanto romanizada en los años posteriores a la llegada de Cristo.

El gran tamaño de esta lauda (Figura n.º 1) nos obliga a pensar que con ella se quiso perpetuar la memoria de algún alto personaje local en actitud orante, ya que tiene los brazos colocados en la clásica postura en que suelen estar los de los numerosos y pequeños ex-votos ibéricos de bronce (Figura n.º 2) que se conservan en el Museo Arqueológico de Madrid, en el de Saint-Germain-en-Laye (Francia), en el de Bellas Artes de Bilbao y en tantos otros Museos. Esta actitud orante de los iberos, creo puede afirmarse que debió imponerse entre nuestros abuelos por imitación a los griegos, los cuales la tomarían a su vez de los egipcios, que tanta influencia ejercieron sobre ellos antes del auge de la civilización helénica. Así parece deducirse sabiendo que el alma, llamada «ka» en Egipto, se representaba allí (Figura n.º 3) por los brazos doblados en ángulo recto conservando las palmas abiertas y hacia arriba. La total semejanza de esta representación del «ka» egipcio y el modo de orar de los iberos, y seguramente de los vascos, es indudable y no es posible no relacionarlas.

Otra prueba más de la influencia ejercida por los egipcios en nuestras costumbres y nuestras artes, siempre a través de los griegos o quizá también los fenicios, la tenemos no sólo en algunas de las toscas esculturas del Cerro de los Santos que se conservan en el Museo Arqueológico de Madrid, sino también en las cruces y estrellas de cinco puntas que se incorporaron a la decoración ibérica y sobre todo a la vasca y que antes fueron motivos muy usados, sobre todo, en la orfebrería del país del Nilo.

Igualmente es fácil de observar cómo en muchas de las vasijas del Museo Numantino de Soria (Figura n.º 4) al igual que en otras anteriores del Museo Arqueológico de Atenas se halla adornada la boca de ellas con una como cinta ondulada, que al menos entre los celtíberos que las ejecutaron no parece que tuviese significado especial alguno, salvo el puramente decorativo, siendo así que la tal cinta no debió ser sino la mítica serpiente alada (Figura n.º 5) tan insistentemente representada

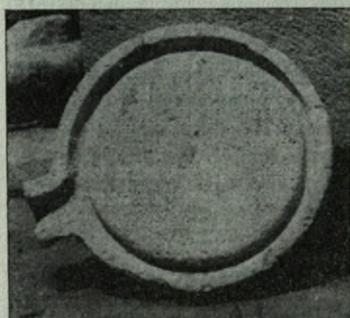
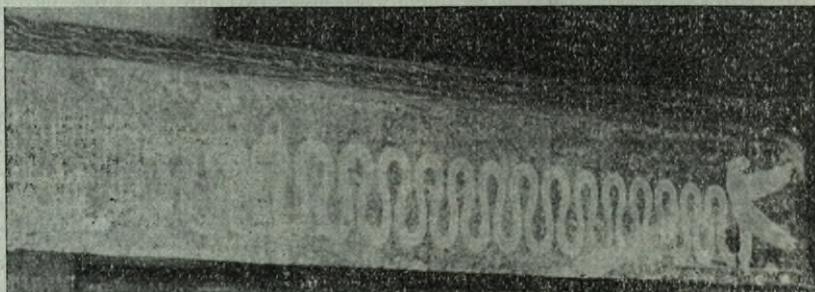


4. Izquierda. Jarra celtibérica de unos 1.400 años antes de Cristo.

(Museo de Soria)

5. Abajo. Sarcófago egipcio de hacia 2.000 años antes de Cristo.

(Museo de El Cairo)



6. Izquierda. Piedra de lavar de comienzos de nuestra era.

(Museo de Alejandría)

7. Derecha. Figura de un hombre lavando, de unos 2.000 años antes de Cristo.

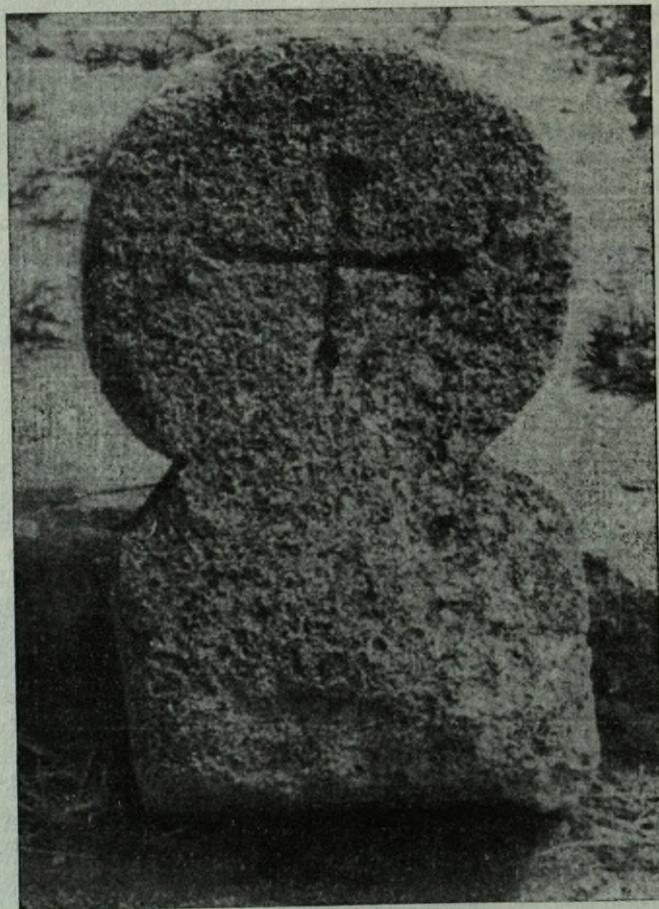
(Museo de El Cairo)



en los sepulcros egipcios; serpiente que en Grecia primero y en nuestra tierra después, perdió alas y cabeza para pasar a ser un simple motivo ornamental sin significado religioso alguno.

Todo hace suponer también que de aquel país vinieron hasta nosotros las piedras planas y circulares con un cuello de salida para los líquidos, que hasta hace poco eran de uso obligado para lavar la ropa en los pueblos vasco-navarros, pues estas mismas piedras, totalmente idénticas a las nuestras, se hallan expuestas en los fosos del castillo de Byblos (Líbano) y en el Museo Greco-Romano de Alejandría (Figura n.º 6). Como dato más preciso de su lejana antigüedad así como de su certificado de origen puede verse en el Museo de El Cairo (Figura n.º 7) una escultura de origen popular ejecutada durante la XII dinastía (entre 1785 y 2.140 años a. de J.C.) en la que se halla representado un campesino lavando en una de estas piedras, que al igual que las del castillo de Byblos y las del Museo de Alejandría en nada difiere de las procedentes de nuestra región que se conservan en el Museo de San Telmo de la Ciudad de San Sebastián.

En cambio, en esas viejas tierras de Asia, a las que tanto debe el arte y la cultura europeas, hállese algo que ellas tomaron de España o que al menos les fue llevado allí por los iberos, aquel pueblo que tras fusionarse en nuestra Península con los tartesos y otros pueblos existentes en ella, llegó a ser la raza más representativa de nuestra Patria. Sabido es que los iberos procedían del norte de Africa, probablemente de Libia, y que dividiéndose en dos ramas, una emigró hacia el este y la otra en diversas oleadas pobló parte del sur y el este de España y hasta una buena parte del sur de Francia, la Aquitania más concretamente. Este pueblo tenía una escritura propia y unas costumbres muy características, muchas de las cuales fueron adoptadas por los pueblos vecinos, como los vascos. Una de ellas fue la de las estelas discoidales que colocaban sobre las tumbas, costumbre que acabó siendo usual en los cementerios de buena parte del norte de España, Portugal y suroeste de Francia y que al fin quedó tan enraizada en la zona vasco-navarra que aun hoy en día se siguen utilizando estas estelas en la zona pirenaica fronteriza de Francia y España. Pues bien, una de estas piedras de origen ibérico, totalmente igual que las usadas en nuestros cementerios, se halla conservada en las ruinas de la antigua Tiro, a cien kilómetros al sur de la capital del Líbano. Tiene unos sesenta y cinco centímetros de altura, teniendo la cara posterior totalmente lisa y en la principal una sencilla cruz griega con los extremos ligeramente ensanchados sin llegar a ser la cruz patada de los visigodos. La extrema sencillez de su decoración hace imposible datarla, por lo que sólo puede afirmarse que



8. Estela discoidal de entre los siglos IV y XI de nuestra era que se conserva en las ruinas de la antigua Tiro (Líbano)

fue ejecutada entre el siglo IV en que comenzó la cristianización de aquella región y posiblemente antes de la llegada de los Cruzados que aportaron otros estilos y maneras en la decoración.

La existencia de esta estela en tierras tan alejadas de Asia, nos obliga a pensar que al cristianizarse el Líbano estarían aún en uso las costumbres ibéricas y en su consecuencia sería usual la colocación de estas piedras en las tumbas, costumbre que paulatinamente y sobre todo bajo la dominación musulmana, se iría extinguiendo para acabar por desaparecer totalmente. Así debió ser, pues esta humilde y sencilla estela discoidal se halla aislada entre unas ruinas que en nada tienen que ver con ella, y al decir de los guardianes del lugar no conocen otra similar.